

La Pluma

Luis G. Martín
Escritor

Respeto

Hace poco tuve la ocasión de coincidir en el aeropuerto de Estambul con una legión de fieles musulmanes que iban en peregrinación a La Meca. En la sala de facturación alborotaban pintolescamente, todos ataviados de blanco y con sus equipajes cargados de comidas autóctonas. Pero cuando pasaban la aduana y entraban en la sala de embarque, el espectáculo que daban se convertía casi en verbena. Los varones se desnudaban de sus túnicas y se colgaban un toallón de la cintura y otro de los hombros, como si estuvieran en un gimnasio grecorromano o en una sauna gay. En los lavabos de los servicios, después de guardar rigurosa cola y de hacer contorsionismos ya inapropiados para las edades de la mayoría de ellos, se lavaban bien los pies, como manda El Corán. Y luego, ya fresquitos y aseados, con los toallones y las chanclas, salían de nuevo a la sala del aeropuerto para merodear. A las cinco en punto, uno de ellos, el peregrino jefe, anunció algo por un megáfono, como si fuera un líder sindical, y todos corrieron a colocarse en formación para rezar, después de haber cogido sus esterillas o sus alfombras. Las mujeres, por supuesto, formaron un grupo aparte y escondido, como manda la ley musulmana. Durante unos minutos repitieron ese ritual característico de alzarse y postarse, igual que en el aerobio, y luego, después de acabar las oraciones, recogieron sus cosas y embarcaron en el avión completamente purificados.

Mientras tanto, en Polonia algunos fieles no menos peregrinos comenzaban -descalzos y medio ayunando- caminatas de centenares de kilómetros para visitar a la santísima virgen de Czestochowa. Los talibanes seguían perfeccionando el apartheid sexual y ya iban planeando cómo destruir esos budas gigantes que ofendían a Dios. Los obispos españoles reiteraban que los homosexuales son seres que le han salido mal a la naturaleza y que por lo tanto no deben manchar con su amor la pureza de la sociedad. Algunos de ellos, además, recordaban que aunque la violencia es mala, también Jesús tuvo que entrar con látigo en el templo, y que aunque la oveja esté enferma, el pastor debe cuidarla. El Papa, que sin duda es infalible, seguía haciendo apostolado contra el control de la natalidad, ya sea el de los pobres del Tercer Mundo o el de sus propios soldados de Dios, que parece que en África han andado echando alguna canilla al aire.

Y algunos siguen pidiendo que se respeten las creencias de cada cual. ¿Bromean?